

tado en que se halla, y la parte del camino en que está
Y antes de venir á esto, digamos primero qué calidades
han de tener los que han de hacer los ejercicios y el
padre espiritual que los ha de dar, y cuánto tiempo se
ha de gastar en ellos. De lo cual trataremos en el libro
siguiente.



LIBRO CUARTO.

DE LAS CALIDADES QUE HA DE TENER EL QUE
DA LOS EJERCICIOS Y EL QUE LOS HACE, Y DEL TIEMPO
QUE SE HA DE GASTAR EN ELLOS.

PRÓLOGO.

Si el saber una cosa, como dice el Filósofo, depende
del conocimiento de sus causas, necesario es saber
cuáles sean las causas del camino y ejercicio espiritual,
para tener perfecta noticia y conocimiento de él. Y es
así que en cualquier ejercicio hallamos todos cuatro
géneros de causas, conviene á saber, el fin que se pre-
tende, y éste en un caminante no es otro, sino el que dijo
el Apóstol ¹: «Olvidarse de los pasos que deja andados
atrás, y extenderse á los que tiene delante.» Y cuáles sean
los pasos del camino espiritual, dejamos largamente decla-
rado en los tres tratados pasados, para que cada uno segun
el estado en que se hallare, se extienda al paso que inme-
diatamente tiene delante, hasta llegar al último fin y tér-
mino del camino, el cual como dice san Pablo ², no es
otro sino la caridad que nace de corazon puro, y buena

¹ Philip. III, 13.—² I Tim. I, 5.

conciencia, y fe no fingida. Para dar estos pasos y conseguir este fin, hay diferentes ejercicios, que (para hablar con palabras de nuestro santo Padre) ¹: *Son todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones.* Estos ejercicios tiene cada uno su materia y su forma: la materia es aquello de que trata ó en que se ocupa, como en el exámen de la conciencia la materia es aquellas cosas de que nos examinamos, porque unas veces nos examinamos de la oracion, otras de los ministerios y oficios que hacemos, otras de la conciencia; unas veces de las palabras, otras de las obras ó pensamientos, ya de unas culpas, ya de otras: todo esto es materia de exámen. En la oracion la materia es aquella historia ó punto en que se medita, y así en los demás. La forma son ciertas reglas, cierta traza y método que se debe guardar en cada uno de estos ejercicios, de lo cual dirémos largamente en la segunda parte de este tratado y camino espiritual, distinguiendo los ejercicios que pertenecen á todas tres vias y estados de incipientes, proficientes y perfectos, los cuales están repartidos en todas cuatro semanas, y allí declaramos la materia y la forma de cada una en particular. Resta que en este libro tratemos de la causa eficiente, la cual propiamente es el que hace los ejercicios y el que los da. Y así tenemos que decir tres puntos principales. Primero, qué calidades ha de tener el que hace los ejercicios, y con qué disposicion ha de entrar en ellos. Segundo, qué partes y calidades ha de tener el maestro espiritual que ha de dar á otro los ejercicios y le ha de gobernar en ellos. Y porque todo agente que tiene finita y limitada virtud ha menester tiempo para obrar, el tercer punto será, qué tiempo se ha de gastar ordinariamente en hacer los ejercicios. Y procederémos por este orden, que lo primero se tratará del que da los ejercicios, lo segundo del que los ha de hacer, lo tercero del tiempo.

¹ A not. I.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUE EL CAMINO ESPIRITUAL TIENE NECESIDAD DE GUIA Y DE MAESTRO.

ANTE todas las cosas se debe suponer, que este camino tiene necesidad de guía, y esta arte de maestro, y esta cura de médico, y esta guerra de capitán, y esta navegacion de piloto. La cual necesidad se convence por todos estos ejemplos que hemos tocado, y de este argumento está mucho escrito en los santos y en los libros espirituales, y no hay para que repetirlo aquí, sino suponerlo, como lo supone nuestro santo Padre, y lo verá claramente el que leyere este su libro desde el título de las anotaciones primeras, hasta el fin de él. Antes parece claramente que el libro se escribió de principal intento más para el que da los ejercicios, que no para quien los hace; y así no da tantas reglas ni habla tantas veces con el que los recibe, como habla con el que los da.

Las causas de esta necesidad se pueden reducir á cuatro cabezas. La primera, es la divina Providencia, á cuya suavidad pertenece enseñar ordinariamente unos hombres por medio de otros. Por lo cual habiendo Cristo nuestro Señor llamado y hablado por sí mismo con Paulo, no quiso por sí mismo enseñarle el camino de la perfeccion, sino que le remitió á Ananías para que le

aprendiese de él. Y no se le enseñó por sí mismo, porque, como dice Casiano ¹, no tomasen mal ejemplo para presumir los venideros de lo que por particulares razones estuviera bien hecho con Paulo. Y dije que guarda Dios este estilo ordinariamente por dar lugar á los privilegios que ha dado á algunos grandes santos patriarcas y fundadores de algunas religiones y padres de muchos hijos espirituales en Cristo. De los cuales agudamente declaró san Agustín en aquel lugar del salmo 113: *Cælum cæli Domino*, el cielo del cielo es para el Señor. ¿Quién es el cielo del cielo, sino aquellos que ha puesto Dios por cielos, para influyan y gobiernen á otros que tiene escogidos también para cielos? Maestros de maestros, capitanes de otros capitanes, pastores de otros pastores, cielos de otros cielos. Pues este cielo del cielo es para el Señor, el cual levantó y sublimó en tanto grado las almas de algunos santos, que no quedasen dóciles, esto es, aptas para ser enseñadas de ninguno de los hombres, sino de solo su Dios. Pero no hablando de este privilegio, que es de pocos, lo ordinario es, que á ninguno le descubre Dios el camino de la perfección, cuando teniendo de quien ser enseñado, como dice Casiano ², menosprecia la enseñanza y preceptos de los más ancianos, no mirando lo que está escrito ³: «Pregunta á tu padre, y él te lo enseñará, á tus mayores, y ellos te lo dirán;» lo cual debía ser guardado con suma diligencia.

La segunda causa es la dificultad que tiene el camino en sí mismo, y facilidad de perderle, principalmente á los que nunca han andado por él. Es el camino del espíritu dificultoso de conocer, y fácil de errar, porque tiene muchas sendas que se atraviesan, semejantes unas

¹ Coll. 2, c. 15.—² Ibid.—³ Deut. XXXII, 7.

á otras en la entrada, y muy desemejantes á la salida y al fin. Porque, como dijo Salomón ¹: «Hay un camino que al hombre le parece derecho, y sus fines van á dar en la muerte.» Y por el contrario, hay muchos caminos diferentes, y al parecer contrarios, y que van á parar al mismo fin. Y muchas veces el tiempo, ó el estado y la disposición diferente, obligan á caminar ya por el uno, ya por el otro. Entre esta variedad de caminos, buenos y malos, ¿cómo podrán atinar sin guía los que son nuevos y no experimentados? donde el menor daño que pueden tener, es rodear y cansarse, y perder mucho tiempo sin provecho. Después de esto, á los que van por buen camino se les suelen ofrecer tantas dificultades de desconfianzas, tristezas y tentaciones, que si no llevan consigo quien les dé aliento y ayuda, lo más cierto será desfallecer y no llegar al fin de la jornada. A lo dicho se allega la dificultad que hay en tomar paso igual y asentado, como sucede á una bestia puesta en un camino, que unas veces corre, y otras veces se para; unas veces va por el camino, y otras se sale fuera de él, si no es gobernada con el freno y con la espuela del caballero que va en ella. Y por esta misma causa es necesario quien guíe y quien gobierne los ejercicios de los nuevos que entran por este camino, como escribe san Jerónimo á Rústico por estas palabras: A mí me parece bien que vivas en la compañía de los santos, y que no te hagas maestro de tí mismo, y que sin guía no entres por el camino que no has andado, y estés expuesto á errar y desviarte luego por otra parte, ó que andes más ó menos de lo que habías de andar. Porque por ventura, ó corriendo te cansarás, ó si te detienes te dormirás. Esto es

¹ Prov. XIV; 12.

de san Jerónimo. Y aunque por todo lo dicho es muy semejante este camino al que se hace por la tierra, pero también lo es mucho al que se hace por la mar. Y así entendió san Basilio lo que dijo Salomón ¹: *Et intelligens gubernacula possidebit*, que el hombre bien entendido llevará el gobernalle, ó sabrá gobernar su navegación. Pues así como en la tierra, cuando se abre de nuevo un camino, son menester hombres prácticos y entendidos que asistan á ello, pero después el mismo camino sin otra guía va guiando á los que han entrado por él; pero en la mar es cosa muy diferente, porque por muchos viajes que se hayan hecho á las Indias el camino no queda señalado en las aguas; y por eso siempre que se anda de nuevo es necesario llevar piloto, y cada navío el suyo y que vaya con mucha atención gobernando el viaje y todos los pasos de él: esto mismo hallamos en este camino de la perfección, que aunque son muchos los que han caminado por él, para mí ha de ser como navegación que he de llevar mi piloto, que me vaya gobernando en todos los pasos, como si yo fuera el primero y solo que hubiera navegado este mar. Lo mismo se convence y se declara por el ejemplo de los enfermos, que todos y en todas enfermedades tienen necesidad de la asistencia del médico; y finalmente todas las cosas que en su discurso y prosecución pueden tener varios sucesos, no se pueden emprender sin guía y sin maestro.

A la dificultad que el camino tiene por sí mismo, se añaden los lazos y astucias que los demonios tienen para engañar y prender á los que van por él; lo cual al camino que por sí es dificultoso le hace también peligroso, como lo es el que está lleno de ladrones que espían y

¹ Hom. in princip. Proverb. Prov. 1, 5.

saltean á los caminantes, para robar y prender, y herir y quitar la vida. Y ésta es la tercera causa porque este camino tiene necesidad de guía y de maestro, porque como dijo bien san Bernardo ¹: Al engañador da la mano, y se hace á una con él, el que no se la da y se vale de su maestro é instructor. Y declarando aquel lugar de los Cantares en que dice la Esposa ²: «Encontráronme las guardas que guardan la ciudad: un poco después de haber pasado por ellas hallé al que ama mi alma,» oigan esto, dice el Santo, los que se atreven sin guía y sin maestro á entrar por los caminos de la vida; éstos son aquellos que en el arte del espíritu juntamente son discípulos y maestros, y no contentos con esto allegan muchos discípulos á quien enseñar, ciegos y guías de otros ciegos. Cuan muchos son los que por esta causa se halla haber errado del camino derecho peligrosísimamente, conviene á saber: porque ignoraban las astucias de Satanás, y sus trazas é intentos, vino á ser que acabasen en carne los que habían empezado en espíritu, torpemente engañados y caídos miserablemente. Véase de este punto lo que dice nuestro santo Padre en la regla trece de discreción.

La cuarta causa es la humildad del que se sujeta á descubrir á otro sus pensamientos y seguir sus consejos. La cual así como sumamente agrada al Señor, así es como abrir una ventana en el alma por donde la entre la luz; y por el contrario, como dice Casiano ³, con ningún otro vicio así lleva el demonio al monje despeñándose á la muerte, como cuando le persuade que menospreciando los consejos de los mayores se fie de su juicio, definición y ciencia; y es así verdad que apenas se halla otra causa

¹ Serm. 77 in Cant.—² Cant. III, 3, 4.—³ Coll. 1, c. 11.

de gravísimas caídas en los siglos pasados y en los presentes sino es la dureza del juicio, y obstinacion en su propio parecer. Porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia; y el que no quiere ser humilde aprendiendo de otros, queda bien humillado aprendiendo de sí mismo, porque, como bien dijo san Bernardo¹: De muy necio maestro se hace discípulo el que se toma á sí mismo por maestro. Y como bien argumenta Casiano en el mismo lugar. Como quiera que todas las artes y ciencias que ha hallado el ingenio humano, y que no sirven más que para la comodidad de esta vida presente, aunque se ven con los ojos y se tocan con las manos, no pueden con todo eso aprenderse bien sin maestro; ¿cuán fuera de camino es creer que esta sola arte del espíritu no tiene necesidad de quien la enseñe, siendo tal que es invisible y oculta, y que sólo con purísimo corazón se puede alcanzar, y que los yerros que se hacen en ella no acarrearán daño temporal que se puede reparar fácilmente, sino perdición del alma y muerte perpetua?

Otras muchas utilidades particulares se siguen de tener maestro espiritual por quien gobernarse, las cuales dependen de los oficios y obligaciones del maestro y del discípulo, como veremos en los capítulos siguientes.

¹ Epist. 87.

CAPÍTULO II.

DE LAS REGLAS QUE HAY EN ESTE LIBRO DE LOS EJERCICIOS.

COMO quiera que sea propio del maestro andar sobre la obra que tiene á su cargo para que salga conforme á la planta y al modelo; así es muy propio de él traer siempre la regla en la mano para gobernarse por ella y no obrar por antojo, sino con proporcion y con medida. Y porque nuestro deseo es, que el maestro espiritual saque su obra conforme á la idea y traza de estos ejercicios de nuestro santo Padre, por eso antes de tratar de las calidades y obligaciones del que da los ejercicios, será conveniente dar alguna luz de las reglas que hay en este libro, que será tanto como al maestro de esta obra ponerle la regla por donde se ha de gobernar, en la mano.

Hemos dicho que en los ejercicios espirituales hay su materia y su forma, como la hay en todas las cosas naturales y artificiales; porque en la meditacion la materia es los puntos en que pensamos, en el exámen las cosas que examinamos, en las elecciones aquella cosa sobre que deliberamos, y así en otros semejantes. La forma es aquel modo y aquellos avisos y reglas que guardamos en meditar, en examinar y en hacer eleccion, y así en los demás. Supuesto este fundamento, es cosa cierta que en este nuestro libro, no tanto se trata de la materia de los ejercicios espirituales, cuanto de la forma, esto es, de